

APOSTARLE A UNA OBRA

Carlos Eduardo Maldonado

Profesor Titular

Facultad de Medicina

Universidad El Bosque

maldonadocarlos@unbosque.edu.co

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9262-8879>

Palabras del Profesor Carlos Eduardo Maldonado con motivo del otorgamiento del doctorado honoris causa por parte de la Universidad Multiversidad Edgar Morin (México), el 6 de junio de 2025.

Decía Goethe, que al respecto bastante sabía, que si se quiere dejar un legado es preciso escribir y publicar mucho. El primer ejemplo para Goethe era la obra de su amigo Humboldt. Esta es una posibilidad. Naturalmente, a esta idea se contraponen varios ejemplos: en literatura, Juan Rulfo, con una obra que comprende difícilmente tres libros, y en filosofía, sin duda Spinoza, cuya obra comprende apenas cinco libros, dejando de lado su correspondencia (y ni un solo paper). Esta otra posibilidad requiere un compromiso y circunstancias perfectamente singulares.

En otros lugares he argumentado que la inmensa mayoría de los investigadores no son tales: simplemente hacen la tarea. Es más, la inmensa mayoría de publicaciones son minimalistas por técnicas¹. Quisiera sintetizar en tres ejemplos -nacionales- los modos de escribir e investigar. De un lado, particularmente entre nosotros, se impone ampliamente

1 Cfr. Maldonado, C. E., (2025), "Investigación y ciencia en América Latina: el problema internalismo, externalismo y complejidad a partir de la obra de Oscar Varsavsky", en: L. Rodríguez-Zoya, (Ed.), Oscar Varsavsky y Carlos Matus. Ciencia, planificación y gobierno de problemas complejos, Buenos Aires, Ed. Comunidad de Pensamiento Complejo (próximo a publicarse); "Cuatro modos insurgentes de la investigación". (2023) "Cuatro modos insurgentes de justificación de la investigación", en: Revista de Epistemología y Ciencias Sociales, No. 16, agosto, págs. 14-30; disponible en: <https://www.revistaepistemologia.com.ar/wp-content/uploads/2023/07/www.revistaepistemologia.com.ar-revista-completa-numero-16-con-7-articulos-editada.pdf>; (2025), "Desinstitucionalizar la Ciencia: revolución científica y políticas públicas", en: Utopía y Praxis Latinoamericana, año 30, No. 109, pág. E15096925; doi: <https://doi.org/10.5281/zenodo.15096925>.

el modelo estadounidense según el cual hay que publicar mucho -publish or perish-, y alcanzar pronto un índice h relevante. Como es sabido, alguien comienza a ser un posible candidato a un Nobel, entre otras características, cuando su índice h ronda 40. El segundo modelo es el francés. La mayoría de los investigadores franceses, por ejemplo, los del CNRS, no publican papers, sino, principalmente, libros; un libro al año. De esta suerte, al cabo de digamos diez años, se tienen diez libros. Varias líneas de pensamiento se siguen, que no escapan a un entendimiento sensible. Un tercer modelo es el alemán. Bastante más relajados con respecto a los dos ejemplos precedentes, los profesores e investigadores alemanes no se estresan por publicaciones, no definen su carrera en esos términos, y eso les confiere otros espacios, formas de vida y otras características sociales, culturales y académicas.

Hay autores que se autopublican a sí mismos. La historia del pensamiento tiene notables ejemplos al respecto. Hay otros que se someten a los pares, los comités editoriales, las ingenierías de diseño y viven permanentemente, o de tanto en tanto, estresados por los compromisos y exigencias, generalmente exteriores. Y hay quienes tienen la capacidad de jugar ambos juegos, con libertad y desenfado.

Nada en la vida vale la pena que no produzca satisfacción; y más radicalmente, placer. No hay que ser epicúreos para ello, aunque ser epicúreos ciertamente ayudaría. Basta con saber vivir. La inmensa mayoría de la gente vive para trabajar. Y trabaja para pagar deudas. Eso no es vida. Son demasiados pocos los profesores e investigadores que conozco por medio mundo que saben, adicionalmente, vivir. Un balance manifiestamente delicado: crear y llevar una vida buena.

Eufemística, pero también administrativamente, se ha venido imponiendo la idea de innovación -horribile dictum-, según la cual la innovación puede y debe ser diseñada, ingenierada, y planeada o planificada. Un@ verdader@ investigador@ no innova jamás; ciertamente no en esos términos. Cuando es bueno y original crea. La innovación es una actividad y un discurso insulsos, para bobos.

Desde luego que las acciones humanas tienen consecuencias. La investigación es una de estas acciones humanas. Hasta aquí se trata de un enunciado trivial. En complejidad sabemos que las acciones humanas tienen consecuencias impredecibles. Que es cuando verdaderamente hay creatividad; esto es, sorpresa, motivos qué pensar. Un contraejemplo es ilustrativo al respecto.

La mala ciencia trabaja más o menos de la siguiente manera: se introduce un input determinado, y se espera que el output resulte en tal tiempo y de tal o cual manera. En las ciencias naturales o en las ciencias sociales y humanas. Un efecto o un output predecible o anticipable es la primera de las señales evidentes de mala ciencia. Que es, manifiestamente lo que abunda. Lo verdaderamente importante -en los inventos, en los descubrimientos, en los eureka y serendipities- tiene lugar cuando se obtiene algo que no se esperaba ni que cabía anticipar ni proyectar.

Cada artículo, cada capítulo de libro, cada libro tiene vida propia. Quisiera sugerir que deben ser concebidos como unidades orgánicas independientes, autoconsistentes. Pero deben poder ser sembrados en un horizonte ampliamente más profundo y significativo. Cuando escribimos y publicamos un texto, nunca sabemos qué resultados podrá tener. Porque cuando se sabe cuál será su impacto, es porque ese texto carece de vida propia. Sin ambages, los artículos, los capítulos de libro, los libros, son hijos en toda la extensión y sentido de la palabra. No hay que producirlos (“producción intelectual o científica”). Hay que quererlos como tales. Jamás sabemos de a ciencia cierta y ciertamente no de antemano cuáles serán las consecuencias de un escrito, cuando se es verdaderamente auténtico.

La valía de un investigador no consiste única ni principalmente en los títulos que tiene, en el índice h, en el capital relacional, o en otros aspectos, importantes como son. Todos esos no son más que sucedáneos o, si se quiere, facilitadores; mejor aún, digamos: catalizadores. Nadie sano y sensible define la normalidad por parte de sí. mism@. Sólo el loco o el tirano así lo hacen. Son siempre los demás quienes determinan, usualmente al comienzo de la tarde, o acaso ya al final del día, el valor de algo o de alguien. Sí, excepcionalmente puede suceder en la mañana.

La clave de la idea sugerida al comienzo por Goethe se condensa en una sola palabra. Es verdaderamente investigador@ -Goethe desde luego no hablaba así. La investigación es la forma como, hoy por hoy, ha venido a decantarse a las artes, a la ciencia, a la filosofía y a las ingenierías-, quien se da a la tarea de dar nacimiento o desarrollar una obra. Sin embargo, este es un fenómeno que jamás se declara abiertamente, ni se promociona ni anuncia. Si alguien tiene una obra, no es él o ella mism@ quienes lo dicen -así, aunque en el trasfondo de su corazón y de sus íntimos lo sepa-. Son siempre los demás quienes lo afirman y lo ponen de manifiesto. Todo lo demás son fruslerías: escribir un artículo, un libro, y demás.

Como sabemos todos, un doctorado -Ph.D-. es tan sólo el punto de partida; jamás el punto de llegada. En el fluir de la vida, un@ investigador@ va ocasionalmente obteniendo distintos tipos de reconocimiento, como resultado de estudios e investigaciones posteriores, como resultado de una continuidad exigente pero creciente. Sin embargo, los buenos investigadores jamás trabajan en función de la obtención de reconocimientos, que los hay variados y de importancia creciente, si se quiere. Conozco, amigos y colegas que así lo hacen o lo intentaron. La vida es bastante más sabia que cada uno de nosotros, o que todos nosotros, juntos.

He trabajado con un norte, si cabe la expresión. (En la navegación en el sur hablamos más bien de la Cruz del Sur, no de la Osa Polar). Para decirlo sucintamente, se trata del reconocimiento expreso de que las ciencias de la complejidad son ciencias de la vida., y de que no hay valor, forma, instancia, idea o experiencia mejor o superior a la vida. Temprano, me dediqué de entrada, plenamente, a esta intuición, primero en la fenomenología, luego en los derechos humanos, siempre en la educación, todo con la luz de la filosofía; y posteriormente en y gracias a la filosofía de la ciencia, el diálogo a profundidad con otras

ciencias y disciplinas, las artes y la estética, y sí: las ciencias de la complejidad.

Las ciencias de la complejidad son ciencias de la vida. Nadie más lo ha dicho, no lo ha explorado ni lo ha puesto de manifiesto. Esta es una contribución de América Latina al mundo. Naturalmente, la expresión: “ciencias de la complejidad” comprende, a mi modo de verlo, bastante más que la ciencia, también a las artes y la estética, a las humanidades. No huelga subrayarlo: las ciencias de la complejidad no tienen absolutamente nada que ver ni con la ciencia clásica, ni con la ciencia normal. Y, sin embargo, no son ellas, todas ellas, lo importante; en absoluto. Se trata de magníficas herramientas, que hay que conocer y dominar muy bien -subrayo: “muy bien”-, cuya única finalidad es la de exaltar, hacer posible y cada vez más posible, llenar de calidad, contenidos y dignidad, en fin, conocer y comprender a la vida; sí, a la vida-tal-y-como-la-conocemos, tanto como a la vida-tal-y-como-podría-ser posible. No hay absolutamente ningún otro campo del conocimiento que así lo diga y lo permita.

Ahora bien, dar lugar a una obra Es una apuesta singular. Como hay muy pocas. Sin exageración, sobran dedos de las manos para señalar las apuestas semejantes. Ahora bien, como sucede con la mayoría de las cosas importantes en la vida, en realidad, nadie entiende el tema desde afuera; y sólo algunos alcanzan a adivinar la envergadura.

Dar a luz una obra es incluso relativamente fácil. Una obra no se hace con trabajo, constancia, disciplina y dedicación. Sería pueril afirmar que así sucede. En realidad, se trata de una hybris, un tema sobre el cual educadores y metodólogos, epistemólogos y gestores del conocimiento nada saben. Justamente, por eso son lo que son y hacen lo que hacen. La creación en su sentido más prístino es una hybris que posee por completo al investigador@. En la hybris, nadie es dueño de sí mism@. Esta, quiero sugerirlo, es la mejor garantía de, para una obra. No puedo entrar aquí por razones de tiempo en los rasgos de la misma.

En la realización de una obra -algo que se dice fácilmente pero que es endemoniadamente difícil de llevar a cabo- no es el sujeto el que se transforma. Por el contrario, es el objeto que es transformado por una experiencia singular, por una historia de vida que él o ella sabe pero que no domina enteramente. Siempre el papel de la intuición y la imaginación son estelares. En la hybris, la existencia es vivida en el filo del caos, y es alejada del equilibrio como una obra puede emerger.

Desde luego que reconozco que los descubrimientos -esos momentos de eureka- pueden ser el resultado de un largo trabajo que se nutre más de dudas y preguntas que de respuestas y soluciones. Sin embargo, quisiera resaltar que el trabajo denodado y constante carece de sentido si no tienen lugar los relámpagos y flashes, aleatorios y sorprendidos, que permiten digerir y metabolizar ese trabajo de largo aliento. La hybris es la experiencia más pura que puede haber en el plano del conocimiento. Ella sí garantiza los resplandores de: ajá!, serendipities, eureka. Pero hay que saberlos aceptar y vivir. Ese es otro tema aparte. Heráclito: si no se espera lo inesperado no se lo reconocerá cuando llegue, dado lo inhallable

y difícil que es.

Sin embargo, existe aún un problema, en este marco de una inmensa mayor complejidad. Se trata de la dificultad de reconocer que se tiene, se es poseído por una hybris y sin embargo se la debe poder canalizar. La forma más genérica como esta tensión se resuelve es en el sempiterno problema acerca de las relaciones entre una vida y una obra. ¿Es la obra más importante que la vida de un autor, o bien la obra y la vida no pueden desprenderse una de la otra? Al respecto hay una advertencia elemental que cabe recordar: la vida es un juego que se juega a largo plazo.

Hay fantásticos creadores –Heidegger, Vargas Llosa, Mahler–, por ejemplo, que han sido, no obstante, pésimas personas, muy malos políticos, altamente cuestionados en múltiples sentidos, siempre con referencia a su calidad como seres humanos. Los ejemplos al respecto abundan en prácticamente todas las áreas, las artes y la ciencia, la filosofía. El tema no tiene que ver directamente con tener un sentido práctico de la vida –que en la mayoría de las veces no sucede–, cuanto que en tener un sentido de bonhomía. La bonhomía, que es bastante más y muy diferente a la moral y la ética.

¿Nos quedamos con lo que es específico de cada ser humano, o de alguien en particular? O más bien, ¿destacamos lo que es universal, para todos nosotros? La respuesta es fácil, y no escapa a un entendimiento sensible.

Este no es un problema para nada elemental. Contra todas las apariencias, nadie le enseña a nadie a vivir, y mucho menos, no le enseña nadie a nadie cómo crear una obra. Ambas son cosas que se van aprendiendo en el camino. Y sí, siempre con algo de buena Fortuna. La hermosa diosa Tyché que terminará ocultándose debido a Platón y a Aristóteles, que son, ulteriormente, filosofías del control. Por eso, entre otras razones sus preferencias por las causas y las determinaciones.

Quienes no saben reconocer las contribuciones de la suerte o del azar no son verdaderamente agradecidos. La vida está marcada siempre por una pizca –como en las comidas con los condimentos–, de aleatoriedad y buena fortuna. Y ella, libre como es, no depende jamás de nadie. También los dioses, todo parece indicarlo, se encuentran atados a las contingencias.